



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## HOMILIA XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1/IX/2024

Queridos hermanos,

Cada vez que participamos en la Santa Misa, tenemos la oportunidad de escuchar a Dios, que nos habla a través de su Palabra. Dice San Ambrosio *“A Dios hablamos cuando rezamos, a Dios escuchamos, cuando leemos la Escritura”*. No somos menos afortunados por no haber conocido a Nuestro Señor Jesucristo en persona, porque lo podemos conocer a través de su Palabra, que es viva y eficaz.

Al respecto, nos dice San Agustín: *“Nosotros debemos oír el Evangelio como si el Señor estuviera presente y nos hablara. No debemos decir: “felicidades aquellos que pudieron verlo”. Porque muchos de los que lo vieron lo crucificaron, y muchos de los que no lo vieron creyeron en él. Las mismas palabras que salían de la boca del Señor, se escribieron y se guardaron y se conservaron para nosotros”*.

En esta oportunidad, Jesús nos explica cómo debemos vivir nuestra relación con él, haciendo énfasis en la sinceridad y en la pureza de corazón.

En primer lugar, hoy, Jesús nos dice: *“Bien profetizó Isaías de ustedes, hipócritas, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres”* (Mc 7, 6-7).

Jesús quiere hacer frente a la práctica que existía entonces, de dar más importancia a los ritos y gestos que a las disposiciones del corazón, el deseo de aparentar de ser bueno, sin serlo. En definitiva, el Señor denuncia el formalismo vacío y la hipocresía.

Lamentablemente, podemos también caer en estos dos errores cuando tributamos culto a Dios, y en nuestra relación con los demás. En mi vida de sacerdote, he podido ver a laicos, seminaristas e, incluso, sacerdotes, que son escrupulosos en el cumplimiento de las rúbricas de la misa, y no conocen el significado de las mismas; no usan otras posibilidades que ofrece la misma liturgia, actuando como robots, autómatas, sin hacer vida lo que celebran; y, en vez de centrar toda la acción litúrgica en Jesús, la centran en ellos. Como dice el Señor: *“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”* (Mc 7, 6).

Queridos hermanos, no nos acostumbremos a oír misa rutinariamente, debemos participar activamente en ella, a través de las respuestas, posiciones de cuerpo en los diferentes momentos de la celebración, los cantos y, por encima de todo, recibiendo devotamente a Jesús en la sagrada comunión, con un corazón bien dispuesto. El Papa Francisco, nos dice: *“La misa no se puede escuchar sin más, como si nosotros fuéramos solo espectadores de algo que se desliza sin involucrarnos. La*

*Misa siempre es celebrada, y no solo por el sacerdote que la preside, sino por todos los cristianos que la viven. ¡El centro es Cristo! Todos nosotros, en la diversidad de los dones y de los ministerios, todos nos unimos a su acción, porque es Él, Cristo, el Protagonista de la liturgia” (03/02/2021).*

En segundo lugar, Jesús nos dice: «*Óiganme todos y entiendan. Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. [...] Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre*» (Mc 7, 14-16.21-23).

Actualmente, se habla mucho de contaminación y la necesidad de cuidar el medio ambiente. Se habla de contaminación exterior y física de la atmosfera, del agua, por el agujero en la capa de Ozono. Constantemente los grupos ecológicos muestran imágenes de animales (peces y pájaros) muertos o totalmente manchados y asfixiados por derrames de petróleo y sus derivados. El Papa Francisco, en los últimos años, ha escrito varias exhortaciones apostólicas sobre el cuidado de la casa común. Y está muy bien, que secundemos los deseos del Papa y de los Grupos Ecologistas.

El Señor nos habla hoy de evitar otra contaminación del corazón y la mente. Jesús lanza entonces el programa de una ecología del corazón. Tomemos alguna de las cosas «contaminantes» enumeradas por Jesús, la calumnia con el vicio a ella emparentado de decir maldades a costa del prójimo. ¿Queremos hacer de verdad una labor de saneamiento del corazón? Emprendamos una lucha sin cuartel contra nuestra costumbre de descender a los chismes, de hacer críticas, de participar en murmuraciones contra personas ausentes, de lanzar juicios a la ligera. Esto es un veneno difícilísimo de neutralizar, una vez difundido.

Lamentablemente, **hay muchos brolleros y hablachentos** que “matan” la buena fama de muchos. Se cuenta que una vez una mujer fue a confesarse con San Felipe Neri, acusándose de haber hablado mal de algunas personas. El santo la absolvió, pero le puso una extraña penitencia. Le dijo que fuera a casa, tomara una gallina y volviera adonde él desplumándola poco a poco a lo largo del camino. Cuando estuvo de nuevo ante él, le dijo: «Ahora vuelve a casa y recoge una por una las plumas que has dejado caer cuando venías hacia aquí». «¡Imposible! -Exclamó la mujer- Entretanto el viento las ha dispersado en todas direcciones». Es ahí donde quería llegar San Felipe. «Ya ves –le dijo- como es imposible recoger las plumas una vez que se las ha llevado el viento; igualmente es imposible retirar las murmuraciones y calumnias una vez que han salido de la boca».

Otro vicio que contamina nuestro corazón es **la envidia**, que nos hace tener tristeza por el bien ajeno. Este vicio crece como la mala hierba y no nos permite crecer en la virtud. La envidia hace verdaderos estragos entre los hombres. Así lo

atestigua la Sagrada Escritura: *“pues donde existe envidia y espíritu de contienda, allí hay desconcierto y toda clase de maldad”* (Sant 3, 16). Se exterioriza en el disgusto por el éxito ajeno: Saúl mira con recelo a David, pensando que podía traicionarlo y decide matarlo (1 Sam 18, 8-9). Es fuente y madre del odio como el que profesaron a José sus hermanos (Gn 37, 4). Lleva incluso al crimen más cobarde, como el de Caín. Por envidia, se mata a Jesús, pues Pilato sabía que los jefes de los escribas le habían entregado a Jesús por envidia. Y por envidia se rechaza el anuncio de los apóstoles, en la iglesia primitiva: *“los judíos, al ver a la multitud, se llenaron de envidia y contradecían con blasfemias a cuanto Pablo predicaba”* (Hch 13, 45).

Un padre de la Iglesia dice que el envidioso se parece a un buitre que sólo se detienen en lo podrido y corrompido: *“así como los buitres, que pasan volando por muchos prados y lugares amenos y olorosos, sin que hagan aprecio de su belleza, son arrastrado por el olor de cosas hediondas; así como las moscas, que no haciendo caso de las partes sanas, van a buscar las úlceras; así también los envidiosos no miran ni se fijan en el esplendor de la vida, ni en la grandeza de las obras buenas, sino en lo podrido y corrompido; y si notan alguna falta de alguno (como sucede en la mayor parte de las cosas humanas) la divulgan, y quieren que los hombres sean conocidos por sus faltas”* (San Basilio, Homilía sobre la envidia).

Queridos hermanos, delante de Jesús, hagamos un examen de conciencia sobre estos dos puntos que nos presenta Jesús. Preguntemos si el culto que tributamos a Dios es de su agrado. Si procuramos adorarlo, cada vez más, en espíritu y verdad. Y si, cada día, luchamos vehementemente contra los vicios, los hábitos malos, que contaminan nuestro corazón.

Hagamos caso a lo que nos dice el Apóstol Santiago, en la segunda lectura: *“Acepten con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en ustedes y es capaz de salvar sus vidas. Pongan en práctica la palabra y no se contenten con oírla, engañándose a ustedes mismos”* (Sant 1, 21-22).

Pidamos a la Santísima Virgen María, la Inmaculada, que nos ayude a tratar a Jesús como ella lo trató: con pureza y humildad de corazón. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*  
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**  
**Obispo de Cabimas**

